

La Identificación en la Estructuración Psíquica del Sujeto

Joceline Fátima Zanchettin¹

Resumen

La identificación es fundamental para la escucha clínica del sujeto en el campo del psicoanálisis. Partiendo de este supuesto, el objetivo del presente artículo es enmarcar algunos de los hallazgos teóricos y clínicos de Sigmund Freud y Jacques Lacan en el campo de la identificación. Nos dedicaremos, de modo especial, al abordaje del “uno” en la constitución psíquica del sujeto planteada en términos de “identificación al trazo unario”. Tal análisis se sostendrá en la articulación con la “identificación al padre” y la “identificación al deseo del Otro”. Tomaremos como eje la “identificación al trazo unario”, porque entendemos que el sujeto adviene en la definición misma del “uno”. El trazo unario, el S1 y el “nombre propio” son algunos de los modos de formalizar el etéreo “uno” (etéreo por su condición de intangible), cuya presencia es incuestionable, pero de él no hay testigos. El desarrollo de Lacan, en el campo de la identificación, nos permitirá avanzar en el armado lógico de la estructura psíquica, teniendo como base la Teoría de los Nudos, especialmente al Nudo Borromeo. El encuadre de este recorrido por la obra de Freud y Lacan apunta a tejer algunas preguntas y posibles reflexiones en el campo de la identificación.

Palabras-clave: Identificación - Trazo Unario – Uno

¹ Licenciada en Psicología por la *Universidade Federal do Rio Grande do Sul – UFRGS/BR*. Especialista en “Atención Clínica: Psicoanálisis” por la *Clínica de Atendimento Psicológico – CAP/UFRGS-BR*. Investigadora del Grupo de Investigación “*A Psicanálise e a Clínica na Universidade*”, perteneciente a la Línea de Investigación “*Pesquisa em Psicopatologia e Psicanálise*”, vinculada al Núcleo de Ensino, Pesquisa e Extensão em Clínica das Psicoses de la *CAP/UFRGS-BR*. Rotante Extrajera del Equipo del Hospital de Día del Centro de Salud Mental N°3 “Dr. A. Ameghino” – CSM N°3/AR. Alumna del Programa de Doctorado en Psicología de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata –UNLP/AR. La investigación doctoral cuenta con el apoyo del CONICET – Beca Interna de Postgrado Tipo I con Países Latinoamericanos.

Identification in the Psychic Structuring of the Subject

Abstract

Identification is essential for clinically listening to the subject in the field of psychoanalysis. Building on this premise, the aim of the present article is to showcase some of the theoretical and clinical findings made by Sigmund Freud and Jacques Lacan concerning the topic of identification. We will focus especially on the approach to the "one" in the psychic constitution of the subject, set forth in terms of the "identification with the unary trait". Such analysis will be supported by its articulation with the "identification with the father" as well as the "identification with the desire of the Other". The central point of our discussion will be the "identification with the unary trait", as we understand the subject to come into being through the very definition of the "one". Unary trait, S1 and "proper name" are some of the ways of formalizing the ethereal "one" ('ethereal' given its nature as intangible), whose presence is unquestionable, yet of whom there are no witnesses. Lacan's development, in the field of identification, will enable us to make progress towards the logical construction of the psychic structure, on the basis of Knot Theory, and more specially, the Borromean Rings. The framing of this journey through the works of Freud and Lacan is aimed at weaving some questions and possible reflections within the field of identification.

Key-words: Identification - Unary Trait - One

I. Introducción

La identificación es una de las operaciones inaugurales de la constitución psíquica del sujeto. Por lo tanto, es fundamental su abordaje en la escucha clínica de pacientes.

Se trata de un campo de considerada complejidad, compuesto por distintos desarrollos, algunos de ellos radicalmente incompatibles. No nos dedicaremos a la discusión alrededor de las distintas formas de abordaje del campo de la identificación, pues nos alejaríamos del objetivo del presente artículo: una lectura dirigida a los aportes de Freud y Lacan al campo de la identificación.

Sin embargo, a modo de divisor de aguas, deseamos marcar la diferencia entre la identificación planteada en términos intersubjetivos -donde, por ejemplo, ubicaríamos la identificación al analista como dirección de la cura-, y la identificación cuya base es la disparidad subjetiva. Acá se evidencia la importante articulación del concepto de identificación con la noción misma de transferencia, de la cual la escucha clínica del sujeto, en el campo del psicoanálisis, depende radicalmente.

Lacan, al delimitar de forma más precisa la radical exterioridad del lenguaje, traslada la constitución psíquica del sujeto a un espacio tercero, haciendo de la identificación una operación de pura diferencia, cuya materialidad designa al sujeto. La identificación se aleja de la noción de identidad y se suma al campo del objeto *a*, que está en relación al Otro.

El abordaje del “uno” en la constitución psíquica del sujeto, vía identificación, es decir, identificación al trazo unario, revela su valor de insignia del sujeto, interrogando al “dos” a partir del “tres”. El etéreo² “uno”, intangible en su más íntima definición, es lo que nos apunta al sujeto, a éste que en su deseo se hace escuchar.

² Etéreo, entendido como vago, sutil, vaporoso (adjetivo poético), lo que nos remite a la noción de intangibilidad y evanescencia. Diccionario de Lengua Española – Real Academia Española: www.rae.es.

II. Sigmund Freud - “La identificación es la forma primera, y la más original, del lazo afectivo”³

Para Freud, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), la identificación es “[...] la más temprana exteriorización de una ligación afectiva con otra persona”, es decir, “la forma primera, y la más original, del lazo afectivo” (FREUD 1921, 99-100).

Perteneciente a la prehistoria del complejo de Edipo, la identificación al padre hace que el sujeto tome al padre como su ideal/modelo. Contemporáneo a esta identificación, o quizá antes, es la cabal investidura de objeto de la madre. Dos fuerzas que comparten los mismos brazos, sobre los cuales se arma el complejo de Edipo: con la madre, una directa investidura sexual de objeto; con el padre, una identificación que lo toma por modelo.

La identificación al padre, a partir del encuadre edípico, conoce la rivalidad, de donde adviene lo más primitivo y originario. Freud dirá que desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente, comportándose como un retoño de la primera fase -oral- de la organización libidinal. Segundo el autor, “[...] el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal. El caníbal [...] permanece en esta posición; le gusta {ama} devorar a su enemigo, y no devora a aquellos de los que no puede gustar de algún modo⁴” (FREUD 1921, 99).

Freud comenta que las huellas de la identificación al padre se tramitan vía complejo de Edipo. Aclarando que, en términos generales, “[...] sólo se discierne que la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como «modelo»” (FREUD 1921, 100).

El autor busca en las construcciones sintomáticas neuróticas los elementos que compondrán la segunda estructura de la identificación. Así plantea el autor: “[...] bajo las constelaciones de la formación de síntoma, vale decir, de la represión y el predominio de los mecanismos del

³ FREUD, S. (1921) “Psicología de las masas y análisis del yo”. En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2004, XVIII, 100.

⁴ Freud agrega: “Cf. mis Tres ensayos (1905d) [AE, 7, pág. 180] y Abraham (1916)”. (Nota al pie, pg. 99)

inconsciente, sucede a menudo que la elección de objeto vuelva a la identificación, o sea, que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto” (FREUD 1921, 100). Freud toma, como ejemplo, el caso de una niña pequeña que recibe el mismo síntoma de sufrimiento que su madre: una tos martirizadora. Y, el caso Dora, que imita la tos de su padre. A partir de estos referentes clínicos, afirma que la identificación, sea al objeto amado o no, es parcial, es decir, “[...] limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto” (FREUD 1921, 101).

Es a partir de estos casos de formación de síntoma histérico -donde opera la sustitución de la elección de objeto por la identificación vía regresiva- que Freud delimita la identificación al único rasgo. El autor parece apuntar a la función de rúbrica del único rasgo, siendo que ésta se encuentra necesariamente articulada a un objeto, cuya presencia se da en tanto ausencia, vía marcación del trazo. Veremos más adelante, que Lacan rescata y, de cierto modo, reformula el concepto de único rasgo, haciendo del trazo unario el pilar de su desarrollo sobre la identificación.

Freud también se dedica al análisis de una particular formación de síntoma donde la identificación prescinde por completo de la relación de objeto con la persona amada. De allí extrae la tercera estructura de la identificación: la identificación histérica. A partir de la reacción epidémica de las jóvenes de un pensionado, el autor define la identificación por el síntoma, aclarando que ésta pasa a ser el indicio de un punto de coincidencia entre los dos yo, punto que debe mantenerse reprimido. De esta manera, él menciona que el modo de la ligazón con el líder reside en una importante comunidad afectiva entre los individuos de la masa.

Siguiendo su pensamiento Freud va más allá haciendo referencia al campo de las psicosis y, como resultado, ensaya una suerte de acercamiento. Así lo plantea: “La investigación psicoanalítica, que ocasionalmente ya ha abordado los difíciles problemas que plantean las psicosis, pudo mostrarnos la identificación también en algunos otros casos que no nos resultan comprensible sin

más” (FREUD 1921, 102). El autor pasa, entonces, a ocuparse de la identificación en la homosexualidad y en la melancolía.

Con relación a la homosexualidad, acordémonos del análisis que Freud hizo del Caso Schreber, donde subraya la homosexualidad en términos de elección de objeto. En este sentido, Freud no hace un “diagnóstico” cuando plantea el tema de la homosexualidad, apenas señala una particular dinámica libidinal, que va tomando distintas formas de acuerdo a cada caso clínico.

Entonces, con relación a la identificación en la homosexualidad, plantea que: “Sobreviene entonces una vuelta {*Wendung*} repentina; el joven no abandona a su madre, sino que se identifica con ella; se trasmuda en ella y ahora busca objetos que puedan sustituir al yo de él, a quienes él puede amar y cuidar como lo experimento de su madre” (FREUD 1921, 102). Es de este modo, que Freud da a conocer un yo pasible de sustitución, un yo externo, producto de distintos niveles de imposibilidad de separación. Planteamos niveles de imposibilidad, por reconocer distintas configuraciones psíquicas alrededor de las operaciones de alienación y separación. Tal lectura revela una suerte de forzamiento, pues aplicamos acá la lógica de las operaciones de alienación y separación, planteadas por Lacan, a un desarrollo esencialmente freudiano. Lo hacemos por entender que es un articulador clínico posible.

Freud declara como llamativo de la identificación en la homosexualidad su amplitud, pues “[...] trasmuda al yo respecto de un componente en extremo importante (el carácter sexual), según el modelo de lo que hasta ese momento era el objeto”, ahora resignado o perdido (FREUD 1921, 102). Según Freud, la identificación en la homosexualidad, planteada en términos de introyección del objeto, revela una particular amplitud y fuerza al transmutar al yo respecto del carácter sexual (componente en extremo importante en la obra freudiana). El autor subraya, de este modo, la presencia y fuerza de la identificación en la homosexualidad.

En lo referente a la melancolía, Freud despliega la identificación en relación a la existencia o consistencia misma del sujeto. Plantea que: "Rasgo principal de estos casos es la cruel denigración de sí del yo, unida a una implacable autocrítica y unos amargos autorreproches [...] esta apreciación y estos reproches en el fondo se aplican al objeto y constituyen la venganza del yo sobre él [...] la sombra del objeto ha caído sobre el yo"⁵ (FREUD 1921,103). A partir de lo planteado, el autor afirma que la evidencia innegable de la introyección del objeto.

Según Freud, la melancolía pone en escena al yo dividido. Es decir, por un lado, el fragmento alterado por la introyección, que incluye el objeto perdido. Y por el otro, la parte que se comporta cruelmente, que incluye la conciencia moral. Cabe aclarar que la división del yo no es exclusividad de la melancolía, de cierto modo compone el armado psíquico de todas las entidades clínicas reconocidas por Freud, cuya base común es el conflicto psíquico (de ahí el acento del dualismo en la obra freudiana). Lo que ocurre en particular en el caso de la melancolía es que se exagera lo que en otros casos queda de cierto modo velado: la dimensión del ideal del yo asume aquí grado máximo. Entendiendo el ideal del yo como herencia del narcisismo originario, en el que el yo infantil se contentaba a sí mismo.

Del sucinto recorrido por la identificación planteada por Freud, retenemos los siguientes ejes. En primer lugar, en relación a la identificación al padre, rescatamos el concepto de incorporación de partes del objeto amado, vía devoración. En segundo lugar, de la identificación al rasgo único, subrayamos su parcialidad, es decir, la referencia directa a un único rasgo del objeto amado o no. Y, por último, de la identificación histérica, resaltamos el hecho de que prescindiera por completo de la relación de objeto con la persona amada. En este sentido, el amor, en su dimensión más pura, se limita a la identificación al padre, la primera y originaria identificación. Siendo que las tres

⁵ "Cf. «Duelo y melancolía» (1917e) [AE, 14, pág. 246]" (FREUD 1921, 103).

identificaciones nombradas remeterían a distintos niveles de presencia, hecha de ausencia, que habilitan al sujeto en el campo del Otro.

Con relación a la homosexualidad y la melancolía, subrayamos el carácter radical de la identificación. En la homosexualidad la identificación trasmuda al yo en el carácter sexual, componente de extrema importancia, imprimiendo la búsqueda de objetos que puedan sustituir al yo mismo. En la melancolía ocurre la caída de la sombra del objeto sobre el yo, haciendo de éste una suerte de constante ausencia.

La melancolía da a conocer una identificación cuyo precio es alto, casi impagable. No hay aquí referencia a un único rasgo, tampoco a un elemento en particular, salvo que éste sea la sombra del objeto. Lo que acá deseamos subrayar es la referencia a la sombra del objeto, es decir, esa falsa presencia del objeto hecha esencialmente de sus contornos: bordes de un vacío insoportable.

El desarrollo freudiano del campo de la identificación, especialmente lo que plantea en el caso de la melancolía, nos remite a la *26° Conferencia. La teoría de la libido y el narcisismo (1917 [1916-17])*. Allí Freud plantea que: “En la *dementia praecox* parece como si la libido, en su empeño por regresar a los objetos –vale decir, a las representaciones de estos-, atrapa realmente algo de ellos, mas sólo su sombra, por así decirlo: creo que son las representaciones-palabra” (FREUD 1917 [1916-17], 384). El autor, en este momento de la obra, busca en la esquizofrenia huellas del armado libidinal del sujeto: autoerotismo, narcisismo y elección de objeto. La esquizofrenia, a igual modo de la paranoia, sería una estructura que carga con la marca de un particular narcisismo, que no deja de afectar a la elección de objeto.

En relación a lo planteado, es interesante rescatar la reflexión freudiana sobre el supuesto de que el yo es una unidad construida. En *Introducción al narcisismo (1914)*, el autor plantea que: “[...] las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por lo tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (FREUD 1914, 74).

Freud, nos delega la tarea de definir de qué acción psíquica se trata. A partir de lo desarrollado hasta el momento, presumimos que es la identificación. Para Freud la identificación es “[...] la más temprana exteriorización de una ligación afectiva con otra persona”, es decir, “la forma primera, y la más original, del lazo afectivo” (FREUD 1921, 99-100). En este sentido, la identificación es la operación que remite a la incorporación del Otro (el Otro ajeno), en otras palabras, a la construcción misma de la noción de objeto, fundamental para el narcisismo. El primer objeto de amor en el narcisismo es el sujeto mismo. Pero hay algo del campo del amor, del encuentro con el Otro, que necesita operar para que tal dimensión se instaure. La identificación avanza y delimita las coordenadas de la relación con el Otro de los primeros cuidados.

Por lo tanto, el interrogante sobre la identificación es muy relevante a la clínica psicoanalítica. En el caso de las psicosis, por ejemplo, es fundamental. Puesto que, para Freud, las psicosis evidencian un particular narcisismo, que a su vez remite a la acción psíquica que lo habilita. Es de este modo, que sostenemos, a partir de Freud, la importancia de la identificación en la estructuración psíquica del sujeto.

III. Jacques Lacan – “La fundación del uno que constituye el trazo, no está tomada en ninguna parte más que en su unicidad”⁶

Lacan, en el Seminario 9 – *La identificación (1961-62)*, teoriza el complejo campo de la identificación (*Identifizierung*). Rescata y reformula el término freudiano *Ein Einziger Zug*, es decir, trazo/rasgo unario; cuya traducción literal sería trazo/rasgo único.

⁶ LACAN, J. (1961-62) *La identificación*. Seminario 09, Buenos Aires: Versión íntegra inédita de la Escuela Freudiana de Buenos Aires (EFBA), 1989, 24.

Curiosamente, en este seminario, Lacan parte de lo que sería la segunda identificación propuesta por Freud, inspirada en la segunda fuente: identificación por regresión a un rasgo único, el rasgo unario. Y en la tercera, llamada identificación histérica, o identificación al deseo del Otro.

Para el autor, la identificación al padre “[...] abre un campo que no hemos siquiera soñado hacer entrar en nuestro interés este año [...] Tomar inicialmente por objeto la primer forma de identificación hubiera sido comprometer enteramente nuestro discurso sobre la identificación en los problemas de Tótem y Tabú [...]” (LACAN 1962, 363).

Siguiendo a Lacan, nos dedicaremos al análisis de la identificación al trazo unario; pero antes debemos plantear el hecho de que el autor asocie la identificación al padre con el mito que se despliega en Tótem y Tabú. Aquí nos advierte la primordial incorporación del padre totémico mediante el acto de la devoración. Esto nos lleva a subrayar el valor axiomático de la primera identificación, como también el supuesto teórico que la sostiene.

Lacan, en el Seminario 12 – *Problemas cruciales para el psicoanálisis (1964-65)*, plantea la identificación al padre como un primer tiempo, de carácter primitivo, de donde surge su relieve, es decir, la dimensión mítica: la incorporación. El autor plantea: “En el momento en que se trata de la referencia primordial, la más mítica, se podría decir y no nos equivocáramos al decir la más idealizante, en tanto es ella quien estructura la función del Ideal del Yo, referencia primordial que se hace sobre la evocación del cuerpo” (LACAN 1965, 75). Entonces, la primera y originaria identificación, es decir, la incorporación, vendría a estructurar la función del Ideal del yo, en tanto éste es herencia del narcisismo originario, en donde el yo infantil se contentaba a sí mismo.

La incorporación, referida al primer estadio inaugural de la relación libidinal, supone que no hay testigos, es decir, nadie está allí para saber que ella se produce. Tal opacidad es esencial, y se articula al materialismo radical cuyo soporte es el cuerpo. Así plantea Lacan:

“¿Pero qué es esta incorporación? Si su referencia mítica, etnológica, nos es dado por el hecho que él consume la víctima primordial, el padre desmembrado, es algo que se designa sin poder nombrarse, que no puede nombrarse al nivel del término velado del ser, que es el ser del otro que, aquí está a consumir, que es asimilado bajo la forma por la cual se resume el ser del cuerpo. Lo que se nutre en el cuerpo de este ser se presenta como lo más inasible de él, lo que nos reenvía siempre a la esencia ausente del cuerpo” (LACAN 1965, 75).

Es de este modo, que Lacan da lugar al cuerpo en tanto efecto de lenguaje, alejándolo de la noción biológica u orgánica. El cuerpo no está dado desde el inicio, acompaña el paso del advenimiento del sujeto. El autor, en *Radiofonía y Televisión (1970-73)*, agradece a los estoicos la noción de “incorpóreo”, cuya función atañe a la dimensión significativa del cuerpo que interesa al psicoanálisis. Es así, que el autor articula lo planteado en *Tótem y Tabú* (el padre muerto/simbólico) con el instaurar del ser en tanto “falta en ser”. La “esencia ausente del cuerpo” atestigua tal operación (LACAN 1965, 75).

Lacan reconoce, de esta forma, la identificación al padre como uno de los tiempos instituyentes del cuerpo. Se entiende que la operación mínima de la estructuración psíquica del sujeto es la inscripción misma de la falta. Operación ésta que se da en distintos tiempos, a partir de diferentes matices, que incluyen las identificaciones.

Lo innombrable de la identificación al padre, es decir, éste vacío inaugural del cuerpo, enmarca el territorio de las demás identificaciones. Lo que se instaura es radicalmente exterior al sí mismo, es decir, lo real forja ahí la superficie del cuerpo, materializándose en su evanescencia.

Con relación a la segunda estructura de la identificación freudiana, o mejor dicho, la identificación al rasgo único, es central el lugar que Lacan le otorga. El autor mismo, en el Seminario 17 – *El reverso del psicoanálisis (1969-70)*, al desarrollar el concepto de repetición en términos de identificación del goce, plantea: “Y ahora viene lo que aporta Lacan. [...] tomo algo prestado del texto

de Freud, dándole un sentido que éste no indica, la función del rasgo unario, es decir, la forma más simples de la marca, que es el origen del significante propiamente dicho” (LACAN 1970, 49).

Lacan, frente a la necesidad de especificar lo particular del lenguaje en la constitución psíquica del sujeto, adentra al campo de la pura marca. Es decir, pura diferencia que no contempla ningún lazo de significación, es decir, una marca distintiva de puro sin-sentido. El autor, en el Seminario IX – *La identificación (1961-62)*, construye una analogía entre el Dios de San Anselmo, leído por Descartes, y la función del “trazo unario”. Así lo plantea:

“Es lo verdadero de lo verdadero, el garante de que la verdad existe y tanto más garante como que esta verdad como tal podría ser otra, nos dice Descartes, si ese Dios lo quisiera, que podría ser, hablando con propiedad, el error. Lo que encontramos en el límite de la experiencia cartesiana del sujeto evanescente como tal, es la necesidad de ese garante [*Einziger Zug*], del trazo de estructura más simple, del rasgo único, si me atrevo a decir, absolutamente despersonalizado, no solo de todo contenido subjetivo sino aún de toda variación que supere este trazo único, de ese trazo que es uno, por ser el trazo único. La fundación del uno que constituye el trazo, no está tomada en ninguna parte más que en su unicidad: como tal no se puede decir de él otra cosa sino que es lo que tiene en común todo significante de ser ante todo constituido como trazo, de tener ese trazo como soporte” (LACAN 1961, 24).

Entonces, el trazo unario pertenece al significante, a todo significante, por ser uno distinto a todos los otros. Absolutamente despersonalizado, el trazo unario sella la pura diferencia. ¿En qué sentido lo hace?

Lacan, en el Seminario IX – *La Identificación (1961-62)*, relata el encuentro con esta pregunta. En una visita al Museo de *Saint Germain*, observa, sobre las costillas de un animal, una serie de minúsculos palotes trazados uno al lado del otro. Tal distribución lo lleva a suponer que se trataba de la inscripción, en cada una de las marcas, de la caza de un animal. Sin embargo, descubre que no hay ningún elemento que permita imaginar la escena de la caza. Por lo cual formula que al grabar el acontecimiento como uno, se borra la escena, sellando el hecho en su más pura diferencia. Así lo plantea:

“Aquí toma valor el hecho al que fui conducido por el recto camino de la progresión freudiana, al articular de una manera que me pareció necesaria la función del rasgo unario en tanto hace aparecer la génesis de la diferencia en una operación que se puede decir se sitúa en la línea de una simplificación siempre creciente, que es una mira que concluye en la línea de palotes, es decir que es en la repetición de lo aparentemente idéntico que se crea, se desprende lo que denomino no el símbolo sino la entrada en lo real como significante inscripto - y es eso la que quiere decir el término de primacía - de la escritura. La entrada en lo real es la forma de ese rasgo repetido por el cazador primitivo de la diferencia absoluta en tanto ella está allí” (LACAN 1962, 144-45).

El uno pasa a ocupar lugar central, o mejor, inaugural en la constitución psíquica del sujeto. Radicalmente vaciado de sentido, el uno es el “[...] orden del significante en tanto se instaura por el involucramiento con el que toda la cadena subsiste” (LACAN 1973, 173). En este sentido, todo significante puede ser reducido al uno. Pero, lo inverso no ocurre, pues hay algo del uno que existe por estructura al conjunto. Lo podríamos plantear del siguiente modo: el archivo de una biblioteca archiva a todos los libros, menos a sí mismo. Es decir, la función del uno, en la medida en que instituye al conjunto, necesariamente se autoexcluye. Así opera el uno, remetiéndonos a la “esencia ausente del cuerpo” (LACAN 1965,75).

Entendemos que el “trazo unario”, en la obra de Lacan, opera como articulador de los distintos registros de la estructura psíquica del sujeto. En el Seminario XIX – “... ou pire”, por ejemplo, Lacan plantea que: “El trazo unario es el soporte de aquello de lo que yo partí bajo el nombre de estadio del espejo, es decir de identificación imaginaria” (LACAN 1972, 91). El autor aclara que todo lo que dijo, escribió, inscribió en los grafos, esquematizó en el modelo óptico -donde el sujeto se refleja en el trazo unario y donde solamente a partir de allí es que él se marca como Yo-ideal-, todo esto tiene como base el supuesto de que la identificación imaginaria opera vía marca simbólica (LACAN 1972, 91).

Otro importante desarrollo de Lacan referente al uno es el particular abordaje del nombre propio. En el campo de los significantes, el nombre propio sobresale por su particular resistencia al

sentido y la significación. Más allá de lo contingente que, a veces, enmarca cierto campo de sentido, por ejemplo, llevar el apellido de una familiar histórica; en términos generales, “[...] el acento de su empleo [del nombre propio] está puesto no sobre el sentido sino sobre el sonido en tanto distintivo” (LACAN 1961, 68-69). Entonces, como marca distintiva, el nombre propio no significa algo del sujeto, más bien es lo que lo inscribe en el lenguaje. Esta es una particularidad del nombre propio, por eso en la traducción de textos de una lengua a otra, sufre transliteración a partir de su estructura fonológica y no traducción.

Lacan, en el Seminario IX – *La identificación*, plantea también que “[...] no puede haber definición del nombre propio sino en la medida en que percibimos la relación entre la emisión nominante con algo que en su naturaleza radical es del orden de la letra” (LACAN 1961, 70). Es de esta forma, que el autor circunscribe cierta aptitud del nombre propio para convertirse en marca unaria de un conjunto, sea él un pueblo, una familia o un sujeto.

Lacan, a fines de la década de sesenta, retoma la estructura del uno, pero a partir de otro armado lógico: la relación binaria S1-S2. De modo muy general, el S1 pasa a nombrar el significante unario, también conocido como significante *maître*. Mientras que el S2 pasa a delimitar el conjunto de los significantes. Siguiendo cierto eje teórico, el S1 y el S2 no deben ser entendidos en términos temporales. Ambos componen la estructura del significante.

III.I Operación de alienación y separación: S1-S2

La alienación nombra la operación lógica que inaugura la causación del sujeto estando asociada a la construcción del sujeto barrado. La separación, a su vez, es la operación lógica que imprime una suerte de cierre a la causación del sujeto: dibuja los bordes del objeto *a* en tanto causa de deseo.

Lacan, en *Posición del inconsciente (1960-64)*, desarrolla el universo conceptual que define la causación del sujeto. Plantea la diferencia entre el efecto de palabra y el efecto de lenguaje formulando que “el efecto de lenguaje es la causa introducida en el sujeto” (LACAN 1960-64, 814). Tal condición define que el sujeto no es causa de sí mismo, es decir, “lleva en sí el gusano de la causa que lo hiende” (LACAN 1960-64, 814). Entonces, el efecto de lenguaje es lógicamente previo al efecto de palabra, pues al introducir el gusano de la causa en el sujeto, lo divide: hendidura que, a su vez, es condición de palabra. Tal particularidad lógica es formalizada por Lacan en términos de temporalidad: la retroacción marca el paso de lo que se inscribe en la psique. Así escribe el autor:

“Al sujeto pues no se le habla. "Ello" habla de él, y ahí es donde se aprehende, y esto tanto más forzosamente cuanto que, antes de que por el puro hecho de que "ello" se dirige a él desaparezca como sujeto bajo el significante en el que se convierte, no era absolutamente nada. Pero ese nada se sostiene gracias a su advenimiento, ahora producido por el llamado hecho en el Otro al segundo significante. Efecto de lenguaje por nacer de esa escisión original, el sujeto traduce una sincronía significante en esa primordial pulsación temporal que es el *fading* constituyente de su identificación. Es el primer movimiento” (LACAN 1960-64, 814).

Entonces, el autor, al plantear la posición primera del sujeto del lado del “ello habla de él”, subraya su condición de efecto. Si la falta primera es la falta de sujeto, no hay como hablarle a él, se habla de él. Luego, en el campo del “ello” la regla es el impersonal. Es decir, el sujeto, sellado en el S1, se encuentra petrificado: es un “nada” incapaz de acceder a la palabra. Si la palabra es cosa de sujeto y el “sujeto es lo que el significante representa, y no podría representar nada sino para otro significante” (LACAN 1960-64, 814), se concluye que para acceder a la palabra hace falta mínimo dos significantes: S1 y S2. La palabra, a lo largo de la obra de Lacan, interroga al sujeto desde distintas perspectivas. En tanto ficción, pone en escena su verdad. En tanto escritura, da lugar a lo

real, cuya verdad habita el “decir”: es “[...] por lo que “digo” que, la verdad, no se puede decirse” (LACAN Clase del 10/01/1978). En este sentido, planteamos que la palabra es presencia de sujeto, es lo que lo habilita en el campo del Otro.

Lacan formaliza la escisión original del sujeto en términos de S1 y S2. El S1 designa el ser del sujeto, por lo tanto es vacío de sentido. Lo que se inscribe allí es la “falta en ser”. Mientras que el S2 le brinda sentido, pero en la medida que lo hace borra al ser, produciendo la *afánisis* o el *fading* del sujeto. Es en este “entre dos”, en plena oscilación entre petrificación y *fading*, donde el sujeto dividido tímidamente emerge. Pero, ¿Cómo se resuelve este impasse? ¿Es posible de resolución?

El autor recurre a la obra de Hegel, *Fenomenología del Espíritu* (1807), dando inicio a una ardua y apasionada tarea. Dispuesto a investigar las distintas presentaciones de la falta en la estructura psíquica del sujeto, Lacan aclara que no hay síntesis totalizadora, que la alienación no ha de ser superada, y que el sujeto es un enigma de cierto modo indescifrable. El inconsciente en tanto discurso del Otro es prueba viva de que la alienación es un primer modo, diríamos inaugural, de ubicar al sujeto en relación al Otro. Estructura que nos remite al desarrollo mismo de la identificación, en la medida en que ésta también enmarca al sujeto a partir del Otro. Lacan encuentra en el Mito de la Caverna de Platón un modo de dar a ver la exterioridad del que se nombra sujeto, o mejor, que es nombrado. Así plantea:

“la entrada de la caverna [...] es una entrada a la que nunca se llega sino en el momento en que están cerrando (ese lugar no será nunca turístico), y porque el único medio para que se entreabra es llamar desde el interior. Hiancia, latido, una alternancia de succión para seguir ciertas indicaciones de Freud, de esto es de lo que tenemos que dar cuenta, y con ese fin hemos procedido a fundarlo en una topología. La estructura de lo que se cierra se inscribe en efecto en una geometría donde el espacio se reduce a una combinatoria: es propiamente lo que se llama un borde. Se da uno cuenta de que es el cierre del inconsciente el que da la clave de su espacio, y concretamente de la impropiedad que hay en hacer de él un dentro.

⁷ Para Lacan “[...] la escritura es un artificio. Lo Real no aparece pues más que por un artificio, un artificio ligado al hecho de que hay la palabra e incluso el decir. Y el decir (*le dire*) concierne a lo que se llama la verdad. Es seguramente por lo que “digo” que, la verdad, no se puede decirse (*la dire*)” (LACAN Clase del 10/01/1978).

Demuestra también el núcleo de un tiempo reversivo, muy necesario de introducir en toda eficacia del discurso; bastante sensible ya en la retroacción, sobre la que insistimos desde hace mucho tiempo, del efecto de sentido en la frase, el cual exige para cerrar su círculo su última palabra. El *nachträglich* [...] el *nachträglich* o apres-coup [efecto a posteriori] según el cual el trauma se implica en el síntoma muestra una estructura temporal de un orden más elevado” (LACAN 1960-64, 817-18).

El autor, en el mismo escrito, plantea: “No es pues que esta operación tome su punto de partida en el Otro lo que hace que se la califique de alienación⁸. Que el Otro sea para el sujeto el lugar de su causa significativa no hace aquí sino motivar la razón por la que ningún sujeto puede ser causa de sí” (LACAN 1960-64, 819-20). Queda claro, entonces, que para Lacan la alienación es cosa de sujeto y que no hay como concebirla fuera de la lógica significativa, pues el sujeto se construye en relación al Otro.

Cuando Lacan, a partir del Mito de la Caverna de Platón, formula el inconsciente como discurso del Otro, define que “[...] la estructura de lo que se cierra se inscribe en efecto en una geometría donde el espacio se reduce a una combinatoria: es propiamente lo que se llama un borde” (LACAN 1960-64, 817-18). Entonces, en términos de alienación, la oscilación entre petrificación y *fading* da lugar al inconsciente cuya estructura topológica es el borde.

En el Seminario 11 - *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis* (1964), el autor plantea que la alienación tiene la estructura lógica de un *vel* cuya legalidad se encuentra en la operación de reunión de la teoría matemática de conjuntos. Se entiende que entre el campo del sujeto -el del ser- y el campo del Otro -el del sentido- está el sin-sentido, donde se ubica el inconsciente en tanto borde.

Lacan, en este mismo Seminario, va plantear la libertad del lado del liberarse del efecto afanisiaco del significativo binario (del S2). Luego la libertad sería solidaria al sin-sentido. Pero, ¿qué se entiende por esa libertad tramitada a nivel del sin-sentido? No se trata de un nada absoluto, es

⁸ En el presente artículo se eligió sustituir el término “enajenación” del texto original por “alienación”.

decir, no es la libertad absoluta asociada al factor letal planteado por Hegel en *Fenomenología del Espíritu* (1807). La lógica del “no sin” da cuerpo a lo que se propone en términos topológicos a partir de la estructura de borde. Según Lacan, no hay libertad sin muerte, es decir, no hay sujeto sin alienación al Otro. Esta es, más allá de la ley del corazón y de la bella alma, la locura que a todos nos concierne.

Siguiendo con este pensamiento, podríamos plantear la libertad en términos de poder jugar con sus propias marcas, es decir, que el sujeto disponga de cierta plasticidad frente a sus puntos de anclaje, que en definitiva remiten al trazo unario. En otras palabras, es distinto disponer de cierto armario que encontrarse preso a él: tener que sostenerlo a cualquier costo. “La libertad planteada en estos términos se asocia a lo que se piensa posible en un trabajo de análisis: el cambio de posición subjetiva del sujeto que implica necesariamente la dimensión del Otro” (ZANCHETTIN 2011, 23).

Se entiende, también, que la libertad de cada sujeto, es decir, la posibilidad de “disponer de sus propias marcas”, se asocia a la potencia de la reversibilidad lógica del tiempo. Tanto Freud⁹ como Lacan, al romper la linealidad entre causa y efecto, delimitan una particular temporalidad donde el saber hacer con inventivo de la causa da lugar a la contingencia. El remontar del efecto a la causa es un divisor de aguas en términos de praxis clínica, pues diferencia radicalmente el psicoanálisis del campo de las psicoterapias. Y, además, acerca el psicoanálisis al campo del arte y de la ciencia pensada en términos de constante desafío (BACHERLARD 1978).

La última parte de la cita que estamos trabajando se dedica a formalizar la particular temporalidad de la inscripción psíquica del sujeto, planteada en términos de alienación y separación. Por más que Lacan desarrolle las diferencias entre las distintas nociones de tiempo (la retroacción a nivel discursivo y el efecto a posteriori a nivel del síntoma vía trauma) hay algo en común entre ellas: el hecho de que el efecto legitima la causa. Tal estructura particulariza la escucha clínica en el

⁹ Freud sostiene en la Teoría del Trauma dos tiempos constitutivos siendo que el segundo significa al primero.

campo del psicoanálisis. Pues, el remontar del efecto a la causa, supone que la causa conlleva en su estructura la lógica que la determina. Lógica ésta que da lugar a la contingencia: punto de irreducible singularidad. Es, en este sentido, que planteamos que el sujeto es de cierto modo indescifrable.

La operación de separación, también conocida como operación de intersección lógica o de cierre, da lugar al tramitar de la falta vía pérdida en el Otro. Esto permite que algo advenga causa, es decir, el objeto *a*. En el texto *Posición del inconsciente (1960-64)*, Lacan plantea que:

“Este soborno segundo no cierra solamente el efecto del primero [se refiere al primero momento de la causación del sujeto] proyectando la topología del sujeto en el instante del fantasma; lo sella, rehusando al sujeto del deseo que se sepa efecto de palabra, o sea lo que es por no ser otra cosa que el deseo del Otro” (LACAN 1960-64, 815).

A partir de la cita, subrayamos la solidaridad topológica entre el tiempo de separación y el instante del fantasma, es decir, la proyección de la “topología del sujeto en el instante del fantasma” (LACAN 1960-64, 815). Pero, ¿qué significa afirmar que la operación de separación “rehúsa el sujeto del deseo que se sepa efecto de palabra” (LACAN 1960-64, 815)? El rehusar remite al saber del sujeto acerca de su determinación por el deseo del Otro. El sujeto del deseo, en tanto efecto de palabra, desconoce -vía topología del fantasma- su propia causalidad.

Entonces, por un lado, está el efecto de lenguaje, que introduce el gusano de la causa en el sujeto. Y, por el otro, el efecto de palabra. Se entiende que una vez que hay S1 y S2, es decir, que hay articulación significativa, tengo palabra y necesito tener estructura de palabra para que haya deseo. La metonimia, sólo posible por la repetición de los intervalos que componen la cadena significativa, inscribe el deseo en el campo del Otro. Entonces, el término deseo surge en el marco

del efecto de palabra, donde el recorte del objeto *a* y la construcción del fantasma se suman al advenimiento del sujeto (elementos que se conjugan en la operación de separación).

Pero, ¿Qué es que define la particularidad de la operación de separación? Avancemos ahora en el análisis del término *separare*. En el capítulo XVI del Seminario 11 - *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis (1964)*, Lacan desarrolla del siguiente modo el análisis del término:

“*Separare, separar*, acudiré de inmediato al equívoco del *se parere*, latín del *se parar*, con todos los sentidos fluctuantes que tiene en francés -tanto vestirse como defenderse, procurarse lo necesario para que los demás se cuiden de uno, y acudiré incluso, amparado por los latinistas, al *se parere*, el parirse de que se trata en este caso. ¿Cómo, desde este nivel, ha de procurarse el sujeto? Este es el origen de la palabra que designa en latín el *parar* (engendrar, en francos). Es término jurídico, como lo son, curiosamente por cierto, todas las palabras que designan el traer al mundo en indoeuropeo. La propia palabra parto tiene su origen en una palabra que, en su raíz, sólo significa procurar un hijo al marido, operación jurídica y, digámoslo, social. Trataré de mostrarles (...) esta noción de intersección tiene su utilidad. Veremos cómo surge de la superposición de dos faltas. El sujeto encuentra una falta en el Otro, en la propia intimación que ejerce sobre él el Otro con su discurso” (LACAN 1964, 221-22).

El término *separare*, transformado en *se parere* remite a engendrarse a sí mismo. Lo que se engendra es el objeto *a*. Se engendra como objeto *a* para no caer en la afánisis del S2, es decir, el objeto aparece como una solución a la afánisis del S2. Lo que subraya Lacan referente al término *se parere* es el equívoco, propio del idioma francés, donde *se parer* significa adornarse, ponerse adornos y también defenderse. El autor, en el Seminario 8 – *La transferencia (1960-61)*, utiliza el término *se parer* para introducir el concepto de *ágalma*.

En *Posición del inconsciente (1960-64)*, Lacan introduce otra dimensión del *separare*, asocia el término *se parere* con la función de la *pars*, es decir, de la parte, definiéndolo como un común apareamiento. El autor asocia la parte con el objeto parcial ubicando que no hay parte integrable al todo, pues no hay totalidad, es decir, no hay complementariedad.

Retomemos ahora las últimas frases de la cita anterior: “La superposición de dos faltas. El sujeto encuentra una falta en el Otro, en la propia intimación que ejerce sobre él el Otro con su discurso” (LACAN 1964, 221-22). Lo que Lacan subraya es el particular desdoblamiento de la falta que inaugura la estructura lógica del deseo. En términos generales, el efecto de la operación de separación es el paso de la alienación entre ser y sentido, a la estructura del deseo como deseo del Otro. Así continua el autor:

“Lo que va a colocar allí es su propia falta¹⁰ bajo la forma de la falta que se produciría en el Otro por su propia desaparición. Desaparición que, si puede decirse, tiene a mano, de la parte de sí mismo que le regresa de su alienación¹¹ primera. Pero lo que colma así no es la falta que encuentra en el Otro, es en primer lugar la de la pérdida constituyente de una de sus partes, y por la cual se encuentra en dos partes constituido. Aquí yace la torsión por la cual la separación representa el regreso de la alienación. Es que opera con su propia pérdida, que vuelve a llevarle a su punto de partida” (LACAN 1960-64, 825).

Según el autor, está la falta del sujeto y, luego, la pérdida vinculada a una falta en el Otro. La caída del sujeto como objeto causa del deseo del Otro descompleta al Otro. El sujeto juega con el efecto de su pérdida en el Otro. Juega con su pérdida para situar su lugar de causa.

La problemática “puedo faltar al Otro”, evidenciada en los juegos de los niños, remite a lo que Lacan nombra como el deseo de la madre al introducir la metáfora paterna. Es decir, al deseo de un deseo Otro. Lacan subraya que, en términos de separación lo que se juega es el desplazamiento de la falta de sujeto -característica de la alienación- a la pérdida de sujeto en el Otro. Esto refiere a la falta de sujeto bajo la forma de lo que le falta al Otro. Este tramitar culmina en el advenimiento del objeto *a*, causa de deseo.

Luego, la falta primera de sujeto, introducida por la alienación, se desplaza, en la separación, a la pérdida de sujeto en tanto objeto causa del deseo del Otro. Descompletar al

¹⁰ En el presente artículo se optó por sustituir el término “carencia” del texto original por “falta”.

¹¹ Ibid 5.

Otro significa poder habitarlo, pues el sujeto barrado está en relación al Otro también atravesado por la barra. En este sentido, el sujeto causa el deseo del Otro y desde ese lugar es él también objeto *a*. Lo que se evidencia acá es la estructura misma del fantasma, es decir, $\$$ y objeto *a* se equivalen en términos del deseo del Otro. Esto nos conduce a afirmar que ambos componentes de la fórmula del fantasma son el sujeto, aunque el objeto *a* se presente bajo la máscara engañosa de la causa final como objeto del deseo. Es, en relación a esto, que Lacan afirma: “Por esta vía el sujeto se realiza en la pérdida en la que ha surgido como inconsciente, por la carencia que produce en el Otro” (LACAN 1960-64, 822).

IV. Algunas reflexiones: la lógica nodal y la identificación

El desarrollo de la identificación, planteado tanto por Freud como Lacan, enmarca el advenimiento del sujeto. Para Lacan, el sujeto se constituye en el campo del Otro, en relación a la falta que allí se inscribe. En este sentido, la identificación nos remite a la noción misma de estructura, planteada en términos de Real, Simbólico e Imaginario. Tales registros van tomando distintas consistencias a lo largo de la obra de Lacan, siendo una de ellas la de un redondeo¹². El nudo borromeo le imprime a los redondeos de lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario una particular consistencia: por un lado, la equivalencia de los registros; por otro, el tres como punto de anclaje. La estructura pasa a ser el nudo y la problemática se centra en el cuarto término, él que al sancionar el tres interroga el dos dando lugar al uno, en tanto efecto de nudo.

En el Seminario 22 – *R.S.I. (1974-75)*, Lacan, a partir de la teoría de los nudos, especialmente el nudo borromeo, sostiene la equivalencia de los registros Real, Simbólico e Imaginario. Se entiende que tal reformulación no es sin efectos en el campo de la identificación.

¹² Anillo, que al someterse a las leyes del nudo borromeo, hace del tres punto de anclaje del uno.

Pero, antes de abordar la identificación, hace falta delimitar la noción misma de imaginario en este momento de la obra de Lacan.

Lacan, en el referido Seminario, afirma que el nudo borromeo constituye un progreso en lo Imaginario, es decir, en la consistencia¹³, en la medida en que lo Imaginario -donde ubica la dimensión (*dit-mansion*) del cuerpo- se encuentra anudado a lo Real y lo Simbólico. Anudamiento que supone dos consistencias. En términos de Imaginario y Real, el lazo especular que anticipa la unidad al cuerpo fragmentado del *infans*. Y, en términos de Imaginario y Simbólico, la identificación al “trazo unario” que inscribe la marca de la pura diferencia, delimitando así al conjunto.

Según Lacan, en *Radiofonía y Televisión* (1970-73), el cuerpo es un obsequio del lenguaje. Lo que implica plantear que en la medida en que el sujeto se constituye en el campo del Otro el cuerpo es efecto del particular modo de inscripción de las 3 dimensiones (*dit-mansions*) de la identificación en tiempos instituyentes. ¿En qué sentido planteamos las 3 *dit-mansions*, es decir, las 3 residencias del dicho, en relación a la identificación? Tener un cuerpo supone disponer de la consistencia planteada en términos de nudo borromeo; es decir, del 3 (Real, Simbólico e Imaginario). Lacan, en el Seminario 24 – *L'insu Que Sait de l'Une – Bevue S'aile A Mourre*, plantea que: “Me di cuenta de que consistir quería decir que había que hablar de cuerpo, que hay un cuerpo de lo imaginario, un cuerpo de lo simbólico - es *la lengua* - y un cuerpo de lo real del que no se sabe cómo sale” (LACAN Clase del 16/11/1976). Lacan asocia, a partir de la topología del toro, el cuerpo de lo real a la radical exterioridad del interior absoluto.

Entonces, partimos del principio de que la lógica del nudo borromeo desarma y rearma al campo de la identificación. La equivalencia de los registros (R.S.I.) imprime una nueva presentación psíquica, donde no hay identificaciones, pero sí una “identificación triple” (LACAN 1975, 133). De acuerdo a lo planteado, el autor aclara que:

¹³ LACAN, J. (1974-75) “R.S.I”. Seminario 22 – Clase del 11 de febrero de 1975, pg. 79.

“Si hay un Otro real, no está en otra parte que en el nudo mismo, y es en eso que no hay Otro del Otro. Este Otro real, háganse identificar a su Imaginario: ustedes tienen entonces la identificación de la histérica al deseo del Otro. Esto sucede en ese punto central. Identifíquense a lo Simbólico del Otro real: ustedes tienen entonces esa identificación que he especificado por el *einzigster Zug*, por el rasgo unario. Identifíquense a lo Real del Otro real: ustedes obtienen lo que he indicado con el nombre del padre; y es ahí que Freud designa lo que la identificación tiene que ver con el amor. La próxima vez les hablaré de las 3 formas de nombre del padre, las que se nombran como tales lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real; pues en esos nombres mismos que se sostiene el nudo” (LACAN 1975, 133).

Al trasladar la noción de nombre del padre a la de padre del nombre o padre nombrante el autor formula el campo de la nominación: operación que en tanto 4 asegura el 3. La nominación pasa a ser el garante del enlace de los tres registros fundamentales de la estructuración psíquica. Real, Simbólico e Imaginario encuentran en las distintas nominaciones diferentes modos de presentación psíquica. Lacan, en la última clase del Seminario 22, otorga la nominación imaginaria (Ni) a la inhibición, la nominación real (Nr) a la angustia y la nominación simbólica (Ns) al síntoma (LACAN 1975, 183-93).

Retomando la cita anterior, primero está la referencia al nudo en tanto Otro real, es decir, 3. “El número tres hay que demostrarlo como lo que es sí es lo Real, a saber lo imposible. Es el tipo más difícil de demostración. Lo que se quiere demostrar sobrepasa el decir, es preciso que sea imposible, condición exigible para lo Real. El ex-siste como imposible” (LACAN 1975, 183). Plantear el Otro real en términos de nudo, señalando el 3, es formalizar lo imposible más allá de lo decible. El nudo, cuya base es el 3, logra mostrar el Otro real, sin demostrarlo. Es, en este sentido, que no hay Otro del Otro. El nudo no es un modelo, mucho menos una representación, es la presencia del Otro real hecha trazo. En este sentido, el nudo no deja de ser solidario al cuerpo mismo, en tanto éste es “esencia ausente”.

El Otro real es la pura presencia del tres, producto del tejer de registros independientes entre sí. La dependencia está en relación al 3. Es decir, los registros dependen del 3 para hacer nudo, se entiende, para hacer uno. Por lo tanto, lo que en el nudo borromeo figura como condición propia, a partir de la nominación, se inscribe como efecto de esta operación. Es decir, el 4 garantiza al 3, siendo que éste no se encuentra dado desde el principio, es una *dit-mansion* a ser construida.

Entonces, a partir de lo planteado, subrayamos la solidaridad entre la lógica borromea y la operación de nominación. Siendo que este armado imprime una suerte de reestructuración al campo de la identificación. Lacan pasa a hablar de una “identificación triple” (LACAN 1975, 133). Es decir, de acuerdo a los 3 registros (R.S.I.), las 3 estructuras de la identificación se articularan a las 3 residencias del dicho (*dit-mansion*). La identificación a lo Imaginario del Otro real da lugar a la identificación de la histérica al deseo del Otro. La identificación a lo Simbólico del Otro real inscribe la identificación al rasgo unario. Y por último, la identificación a lo Real del Otro Real inscribe en la estructura misma del nudo el nombre del padre.

Ahora, a modo de cierre, le damos lugar a las palabras de Lacan: “[...] quiero terminar sobre algo que tenga sustancia [...] ¿Es que no es extraño que como identificaciones, [Freud] no nos enuncie más que tres de ellas, y que en esas 3 haya todo lo que hace falta para leer mi nudo borromeo, a saber que (con esas tres (3)) llega a designar propiamente la consistencia como tal, en tanto que en ese nudo ella está por todas partes?” (LACAN 1975, 179).

V. Referencias Bibliográficas

1. FREUD, S. (1914) "Introducción del narcisismo". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2004, XIV, 65-71.
2. FREUD, S. (1917 [1916-17]) "26° Conferencia. La teoría de la libido y el narcisismo". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2004, XVI, 375-391.
3. FREUD, S. (1921) "Psicología de las masas y análisis del yo". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2004, XVIII, 63-127.
4. LACAN, J. (1961-62) *La identificación*. Seminario 09, Buenos Aires: Versión íntegra inédita de la Escuela Freudiana de Buenos Aires (EFBA), 1989.
5. LACAN, J. (1960-64) "Posición del inconsciente". En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005, 808-829.
6. LACAN, J. (1964) *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Seminario 11. Buenos Aires: Paidós, 2006.
7. LACAN, J. (1964-65) *Problemas cruciales para el Psicoanálisis*. Seminario 12. Buenos Aires: Versión íntegra e inédita de la Escuela Freudiana de Buenos Aires (EFBA), 1989.
8. LACAN, J. (1969-70) *El reverso del Psicoanálisis*. Seminario 17. Buenos Aires: Paidós, 2004.
9. LACAN, J. (1970-73) *Televisión*. Radiofonía y Televisión. Barcelona: Anagrama, 1977.
10. LACAN, J. (1974-75) "R.S.I.". Seminario 22. Buenos Aires: Versión crítica. Edición completa e inédita de la Escuela Freudiana de Buenos Aires (EFBA), 1989.
11. LACAN, J. (1976-77) *L'insu Que Sait de l'Une – Bevue S'aile A Mourre*. Seminario 24. Versión digital: Lotus Notes, TIRESIASa. Buenos Aires.
12. LACAN, J. (1977-78) *El Momento de Concluir*. Seminario 25. Versión digital: Lotus Notes, TIRESIASa. Buenos Aires.